

za, ó con sólo mostrarle sus ojos y su sonrisa.

Al llegar el verano, el tío y la sobrina dieron grandes paseos por el campo. Jessy cogía hierbas que él nombraba y que ella de noche clasificaba con arreglo á sus propiedades. En aquellos paseos mostraba un entendimiento claro y un alma encantadora. Una noche al extender sobre la mesa las hierbas cogidas aquel día, dijo á Bogus:

—Ahora, tío Bogus, conozco por su nombre todas las plantas que me has enseñado. He aquí las que curan y las que consuelan. Quisiera conservarlas para conocerlas siempre y hacérselas conocer á otras personas. Necesito un libro grande para disecarlas.

—Coge éste—dijo Bog.

Y la señaló el primer tomo del tratado de los *Errores humanos*.

Cuando el volumen tuvo una planta en cada hoja, cogieron el siguiente, y en tres veranos la obra maestra del doctor fué completamente convertida en herbario.

III

LA BIBLIOTECA DE SUSANA

I

Á LA SEÑORA DE ***

París 15 de Diciembre de 188...

Se acerca el primer día de año. Siendo este día el de los regalos y felicitaciones, los niños llevan la mejor parte. Y es muy natural. Tienen gran necesidad de cariño. Y además tienen el encanto de ser pobres. Hasta los que han nacido en la opulencia, sólo tienen lo que se les da. No corresponden; por lo cual se disfruta más haciéndoles regalos.

Nada hay tan interesante como escoger los juguetes y los libros que les convienen.

Algún día escribiré un ensayo filosófico acerca de los juguetes. Es un asunto que me tienta, pero que no me atrevo á abordar sin una larga y seria preparación.

Hoy me concretaré á los libros destinados á recrear á la infancia, y puesto que usted me ha invitado á ello, le someteré algunas reflexiones sobre este asunto, señora.

Desde luego se impone una pregunta. ¿Es preciso dar con preferencia á los niños libros escritos especialmente para ellos?

Para responder á esta pregunta basta con la experiencia. Es curioso que los niños muestren á menudo un desdén extremado hacia los libros hechos para ellos. Y se explica perfectamente. Sienten desde las primeras páginas que el autor se ve obligado á entrar en su esfera en vez de transportarles á la suya, por lo cual no encuentran la novedad de lo desconocido, de lo que el alma humana está sedienta á todas edades. Siéntense ya poseídos los pequeñuelos por la curiosidad que distingue á los sabios y á los poetas.

Quieren que se les revele el universo, el místico universo. El autor que los repliega sobre sí mismos y los retiene en la contemplación de sus propias niñerías, les aburre cruelmente.

Y es á esto á lo que se dedican, por desgracia, cuando, como dicen, escriben para los niños. Quieren hacerse semejantes á ellos, y se convierten en niños, sin su inocencia y su gracia. Recuerdo un *Colegio incendiado* que me dieron á leer con las mejores intenciones del mundo. Te-

nía yo siete años y comprendí que era una estupidez. Con otro como el *Colegio incendiado*, me hubieran hecho odiar los libros que yo adoraba.

—Es necesario colocarse—me dirá usted—al alcance de las inteligencias infantiles.

Sin duda; pero lo conseguiré mal por el medio empleado generalmente, y que consiste en afectar sencillez, tomando un tonillo mojigato y decir sin gracia cosas sin vigor; en privarse de todo aquello que encanta ó persuade á una inteligencia adulta.

Para ser comprendido por la infancia, nada vale tanto como un gran talento. Las obras que más agradan á los niños y á las niñas son las obras magníficas llenas de grandes creaciones, en las cuales el orden perfecto de las partes forma un conjunto claro, y que están escritas en estilo enérgico y razonado.

Varias veces he hecho leer á niños de corta edad algunos cantos de la *Olisea* bien traducida. Y quedaban admirados. El *Don Quijote* es, haciéndole algunos cortes, la lectura más agradable á que puede entregarse un alma de doce años. Yo, en cuanto supé leer, leí el generoso libro de Cervantes; me gustó tanto, y lo sentí tan bien, que á dicha lectura debo gran parte de la alegría que aún conserva mi espíritu.

El mismo *Robinson Crusó*, que es desde hace

un siglo el clásico de la infancia, fué escrito en su tiempo para hombres graves, para comerciantes de la City de Londres y para los marinos de S. M. El autor puso en él todo su arte, toda su rectitud de espíritu, su mucho saber, y su experiencia. Todo eso es necesario para entretener á los niños.

Las obras maestras que he nombrado contienen un drama y personajes. El más hermoso libro del mundo carece de sentido para un niño, si las ideas están expresadas de un modo abstracto. La facultad de abstraer y de comprender la abstracción se desarrolla tarde y muy desigualmente en los hombres.

Mi profesor de latín, que seguramente no fué nunca una lumbrera—y no temo con este juicio ofender su memoria—, nos aconsejaba que durante las vacaciones leyéramos la *Cuaresma*, de Massillon, para divertir nuestro ánimo. Nos lo decía, seguramente, para que le admirásemos creyendo que se divertía con aquella lectura. Un niño á quien interesara la *Cuaresma*, de Massillon, sería un monstruo.

Que todo viva, que todo aparezca en la narración, grande, amplio, potente; esto es lo que necesitan; y será muy favorable para los niños, cuidando mucho (casi huelga decirlo) de que nada despierte los sentidos antes de tiempo. También

vemos que si hay buenos libros escritos especialmente para los niños, estos libros son debidos, la mayor parte, á autores prácticos en hablar á los hombres el lenguaje que les interesa. Citaré, por ejemplo, á Dickens, Desnoyers, Luis Ratisbonne, Octavio Feuillet.

En resumen, tengo poca afición á los especialistas de los niños. Prefiero las mujeres á los hombres, y, sin embargo, sólo sé de tres ó cuatro mujeres, entre las cuales cuento á la autora de *Riquet y el canal del Mediodía*, que, no habiendo trabajado más que para los niños, sepan pensar y decir.

En todo caso, si escribe usted para los niños, no se forme usted una manera especial. Razone muy bien, escriba muy bien. Es el único secreto para agradar á sus lectores.

Con decir esto no me quedaría más que decir, si desde hace veinte años no tuviésemos en Francia, y creo que en el mundo entero, la idea de que sólo hay que dar á los niños libros científicos para no burlar su espíritu con la poesía.

Esta idea sigue tan profundamente arraigada en la opinión pública, que al presente cuando se reimprime á Perrault sólo se hace para los artistas y bibliófilos. Vea usted, por ejemplo, las ediciones de Perrín y Lescure. Van á parar á las bibliotecas de los bolsistas y de las actrices,

se encuadernan en tafilete por lujo y cuestan mil quinientos francos.

Por el contrario, los catálogos ilustrados de los libros infantiles presentan, para seducir, cangrejos de mar, arañas, nidos de orugas, motores de gas. Lo bastante para que horrorice ser niño. Al fin del año, los tratados de vulgarización científica, innumerables como las olas del Océano, nos inundan y sumergen nuestro espíritu y el de nuestras familias. Nos ciegan, nos ahogan. Nada de hermosas formas, nada de nobles pensamientos, nada de arte. Solamente las reacciones químicas y estados fisiológicos.

Ayer me enseñaron el *¡Alfabeto de las maravillas de la Industria!*

Dentro de diez años seremos todos electricistas. Luis Figuiet, que es un hombre tranquilo, se exalta sólo al pensar que los niños y niñas puedan entretenerse leyendo *Piel de asno*. Ha escrito un prólogo exclusivamente para inducir á los padres á quitarles á sus hijos los *Cuentos de Perrault* y reemplazarlos por las obras del doctor Ludovicus Ficus, su amigo.—Cierre usted ese libro, señorita Juana; deje el *Pájaro azul* que tanto le gusta y estudie la eterización. Sería gracioso que á los siete años no hubiese usted formado una opinión acerca del poder anestésico del protóxido de ázoe. Luis Figuiet ha descubierto

que las hadas son seres imaginarios. Por lo cual, no puede resistir que se hable de ellas á los niños. Les habla del guano, que no tiene nada de imaginario.—Pues bien, doctor: las hadas existen precisamente porque son imaginarias. Existen en las imaginaciones cándidas y frescas, naturalmente inclinadas á la poesía, siempre joven, de las tradiciones populares.

El menor librito que inspira una idea poética, que sugiere un dulce sentimiento, que conmueve el alma, es infinitamente mejor para la juventud que todos los libros atestados de nociones mecánicas.

Los cuentos son necesarios para los pequeños, y para los mayores, cuentos en prosa ó en verso que nos hagan llorar ó reír y que nos procuren cierto encanto.

Recibo hoy mismo con gran placer un libro que se llama el *Mundo encantado*, y que contiene una docena de cuentos de hadas.

El hombre amable y sabio que los ha reunido, el señor de Lescure, demuestra en su prólogo á qué eterna necesidad del alma responde la magia.

«La precisión—dice—de olvidar la tierra, la realidad, sus decepciones, sus afrentas muy duras para las almas altivas, sus choques brutales tan dolorosos á las sensibilidades delicadas, es una necesidad universal. El ensueño, más que la risa,

distingue al hombre de los animales, y establece su superioridad.»

Pues bien; la necesidad de soñar, el niño la siente. Siente que su imaginación trabaja y por eso pide fantasías.

Los narradores forman el mundo á su manera, y dan á los débiles, á los sencillos y á los pequeños, la ocasión de reformarlo á su modo. Por eso tienen una simpática influencia. Ayudan á imaginar, á sentir, á amar.

Y no tema usted engañar al niño poblando su imaginación de enanos ó de hadas. El niño sabe muy bien que la vida no tiene esas encantadoras apariciones. Es la ciencia recreativa lo que le engaña; ella es quien siembra errores difíciles de corregir. Los niños que no sienten desconfianza, se figuran—porque lo dice Julio Verne—que se va en cañón á la luna y que un organismo puede sustraerse á las leyes de la gravedad.

Tales caricaturas de la noble ciencia de los espacios celestes, de la antigua y verdadera astronomía, carecen de verdad y de belleza.

¿Qué provecho sacan los niños de una ciencia sin método, de una literatura falsamente práctica que no habla ni á la inteligencia ni al sentimiento?

Habría que volver de nuevo á las hermosas leyendas, á la poesía de los poetas y de los pue-

blos, á todo lo que proporciona el estremecimiento de lo bello.

Pero nuestra sociedad está llena de farmacéuticos, enemigos de la imaginación. Y hacen mal. Es ella quien con sus mentiras siembra la belleza y la virtud en el mundo. Sólo se es grande con ella. ¡Oh madres! no temáis que pierda á vuestros hijos: por el contrario, los preservará de las faltas comunes y de los errores fáciles.